

Jitrik, Noé (julio 2005). *Desplazamiento del discurso literario : La literatura en posición*. En: Encrucijadas, no. 33. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

## Desplazamiento del discurso literario

### La literatura en posición\*

*No es en el sentido de su importancia o su utilidad que se puede, y se debe, hablar sobre literatura, sino en el sentido de dónde y respecto de qué está situada: un texto nunca es solamente un texto sino también lo que se ha visto y dicho sobre él. La crítica, que recurre y recurrió alternativamente a la historia, la sociología, el psicoanálisis y la filosofía para describir y definir lo literario, es discurso que se añade al literario y forma ambiguamente parte de él. Entonces se hace necesario razonar sobre la interdiscursividad de la literatura y describir tanto las "posiciones" discursivas como los "desplazamientos" que se producen en tales posiciones.*

### NOÉ JITRIK

Escritor y crítico literario. Director del Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Buenos Aires.

No se podría, ni se debería, por razones de discreción, empezar a hablar de literatura siguiendo un modelo de demostración acerca de su importancia en la vida social e individual y menos aún de su utilidad. Se supone que eso está probado, salvo que se demuestre, contrario sensu, que otros modos u otras estructuras son tanto o más importantes para la vida social e individual. Podría ser: la retórica del cuerpo, por ejemplo, o la de la acción directa sobre las cosas y las personas, puede muy bien sostenerse, y hay quienes lo hacen, como hipótesis aceptablemente fundadas y aun como hechos, semióticamente válidos: no por nada existe una semiótica visual, no por nada existe una semiótica social y aun una semiótica corporal.

Pero, insisto, no es en el sentido de su importancia o su utilidad que se puede, y se debe, hablar. Prefiero hacerlo de otro modo, por un lado admitiendo, como corresponde, tal importancia y, por el otro, recurriendo al viejo concepto de situación o de posición. ¿En dónde y respecto de qué está situada o "posicionada" la literatura? Las respuestas no son complicadas: en el primer caso, como objeto simbólico, está situada en el ámbito social, que tiene un lugar para los objetos simbólicos; en segundo lugar, si se entiende por literatura el conjunto de textos considerados como tales en un histórico acuerdo acerca de su índole, o sea, ese conjunto, como discurso entero, frente a y en vinculación con otros discursos.

Nomás internarse en ambos territorios crea una vertiginosa maraña de problemas. Ante todo, y en cuanto a su carácter simbólico, los problemas son respecto a qué clase de objeto es entre los objetos simbólicos, suponiendo que los conocemos; lo más sencillo pero no por eso menos verdadero es preguntarse por su relación con la lengua, el objeto simbólico más extenso que se conozca, más aún que el dinero, y que está en todas partes, mediante el cual el conjunto de relaciones sociales puede producirse y entenderse; el hecho literario, es suficientemente sabido y obvio, tiene como fundamento la lengua e incluso, se diría, es en sus diversos modos una prolongación específica de la lengua, la realización, en sus diferentes opciones, de las funciones de la lengua. Este tipo de problemas interesa a lo que se entiende por teoría literaria, que no se cansa, con mayor o menor éxito, de hacerse preguntas sobre el particular y nunca está satisfecha con las respuestas que obtiene: el hermetismo del objeto es tan compacto que para evitar

la angustia que esa cerrazón produce se han buscado caminos accesorios para comprenderlo, tal la psicología, la historia, la antropología, que, porque giran en torno de lo que la literatura dice o representa o quiere decir, han creído entender su índole de objeto. De más está decir que tales derivaciones, o sea el acento puesto en lo psicológico, histórico o antropológico, constituyen la materia de ciertas teorías de la literatura más o menos consistentes.

Pero el segundo tipo de problemas, en cuanto discurso entero, frente a y en vinculación con otros discursos, es de otra índole; por de pronto, en la medida en que se admite que la literatura comporta un discurso que –compuesto por una pluralidad de subdiscursos, el poético, el narrativo, el teatral, el ensayístico y demás– mantiene relación con otros discursos sociales, esta problemática aparece atravesada por la noción de diferencia, así sea porque al perseguir otros fines que los demás discursos, o fines que le son propios, se distingue, y su subsidiaria, la noción de oposición, puesto que está en cierto relativo antagonismo respecto de los otros discursos, si bien a veces llega a acuerdos con ellos que enseguida rompe si pretende conservar su identidad de objeto. La posibilidad de acuerdos es por cierto muy grande y variada y se manifiesta sobre todo en ese campo metadiscursivo que se conoce como crítica, discurso que se añade al literario y forma ambiguamente parte de él: un texto nunca es solamente un texto sino también lo que se ha visto y dicho sobre él. Es así que, para salir de la ambigüedad o dificultad de entrar en el objeto, la crítica recurre y recurrió alternativamente –lo que pone en evidencia su relación con otros discursos– a la historia, a la sociología, al psicoanálisis, a la filosofía para describir y definir lo literario aunque, justo es decirlo, también en estas disciplinas, y de ellas, surgieron textos que pasaron o pueden pasar, con un espíritu amplio, a ser discurso literario o por lo menos incorporable a la literatura o a la biblioteca de la literatura.

Pero, más allá de lo que se produce en la crítica y más allá de lo que de tales discursos alternativos puede convertirse en literatura, el acuerdo entre literatura y esas otras prácticas discursivas suele darse en el interior de los textos mismos: se puede hablar entonces de interdiscursividad.

Dejaremos de lado lo atinente a la teoría literaria para tratar de razonar sobre la interdiscursividad. En este punto tendremos que hablar, otra vez, de "posiciones" discursivas y, de inmediato, de los "desplazamientos" que se producen en tales posiciones. Probablemente, el concepto de posición puede ser cercado y definido rápidamente puesto que todos sabemos que los discursos sociales ocupan, cada uno de ellos, un lugar en la sociedad y, también, que existe una suerte de disputa entre ellos por dicho lugar: ningún discurso admitiría, por ejemplo, una secundariedad en su posición y, al contrario, es fácil entender que cada discurso aspire, según sus fuerzas, a gozar de una centralidad y/o de un predominio; es como si, en razón de que los discursos explican o hacen inteligible, desde su especificidad, el todo social, cada discurso tratara de que esa tarea le estuviera reservada o encomendada o destinada; trata, en consecuencia, de lograr una posición absolutista y, si no lo consigue, porque no triunfa totalmente en esa pretensión, se ve obligado a convivir con otros discursos que aspiran a lo mismo o a aceptar que esos otros predominan.

Se produce de este modo una cartografía si traducimos a términos espaciales tal juego de posiciones: a veces, de este modo, determinado discurso, en determinada época, ocupa un lugar central en el mapa y consigue, hasta cierto punto, en virtud de la espontánea necesidad de sobrevivencia que constituye la razón de ser de los demás, que los demás se le subordinen; se crea, así, una red o un sistema discursivo cambiante, puesto que

discursos que son predominantes en determinado momento dejan históricamente de serlo y en esa decadencia asoman otros que, a su vez, intentan ocupar esa posición. Eso es lo que puede haber pasado con el discurso teológico o religioso: reguló toda la discursividad durante siglos, oscureció todos los demás discursos y los subordinó y, en cierto momento, tuvo que ceder su posición al discurso filosófico que ya antes había detentado todo el poder y que lo volvía a recuperar después de ardua lucha.

Pero lo que llamamos discursos, pese a que poseen vivacidad, existencia y vigencia, no son seres análogos a los seres vivos: la lucha entre ellos por la posición se produce en razón de lo que pasa fuera de ellos; para seguir con el ejemplo, la progresiva debilidad del papado frente al crecimiento del poder monárquico respalda ese cambio de posición; no desaparece el discurso teológico pero empieza a predominar el filosófico, en la medida en que la monarquía requiere de argumentos o de racionalizaciones necesarias para universalizar su creciente poder y llevar a cabo un exitoso enfrentamiento con la iglesia. Esta red o sistema, para describir el cual es preciso echar una mirada histórica, es equivalente, en cuanto a las posiciones, a la señalada cartografía; son puntos entre los cuales se da una movilidad que pudo ser lenta en otras épocas pero que en la que nos toca vivir es velocísima; se comprende, en consecuencia, que los múltiples discursos ocupen lugares diferentes a los que pudieron haber ocupado antes, en suma otras posiciones si entendemos por tal cosa criterios de jerarquía o de admisión social jerarquizada.

En cuanto a lo que llamaremos "desplazamientos" es, en principio, lo que ocurre en dicha cartografía pues es esto el movimiento de lucha por la posición que hay entre discurso y discurso; es evidente que cuando un discurso cambia de posición es porque ha sido desplazado de aquella en la que estaba instalado. Desde luego que ese desplazamiento tiene su respaldo en un juego de fuerzas exterior a ellos mismos aunque, conviene señalarlo, determinados comportamientos en su interior lo incitan. Pero, además, hay una segunda instancia de desplazamientos: es en el orden de las interacciones discursivas; así, valga como ejemplo, el discurso económico actual se ha desplazado del lugar accesorio que ocupaba y ha invadido el discurso político, sin perder carácter, ni uno ni otro.

Se comprende, tal vez, el alcance interpretativo de la noción de desplazamiento; en lo que nos concierne afecta a la literatura y no sólo en el sentido de la lucha discursiva de orden general que venimos de describir. De este modo, podríamos decir que hay desplazamiento en el orden del objeto literario mismo, afectado por las relaciones que existen entre los subdiscursos que lo conforman: se puede afirmar así que la narrativa tiene actualmente una posición predominante mientras que en otros momentos era la poesía la que gozaba de ella y encarnaba, por una suerte de sinécdoque, la literatura entera, lo que hemos llamado "objeto literario". No obstante, se puede observar que en la modernidad, o lo que quizás podríamos llamar la contemporaneidad, se ha producido un desplazamiento, se diría que pacífico, de otro tipo, basado en un acuerdo interdiscursivo: si en algún momento el lenguaje de la narrativa se oponía al de la poesía y a la recíproca, la narrativa se poetiza, la poesía se narrativiza. Lo mismo ocurre, más particularmente, entre otros subdiscursos: no pierden su carácter pero dejan que salga algún elemento de su sitio, dejan que entre en otro y dejan, igualmente, que en el vacío que se produce entre a su turno algún otro.

Esta imagen del desplazamiento, en el cruce de todos sus niveles, explica los innumerables cambios que registra la historia de la literatura y que se pueden advertir en

diversos campos: desplazamientos sintácticos, desplazamientos prosódicos, desplazamientos de tipos de imágenes, etcétera.

Por otra parte, y volviendo al punto anterior, también hay sin duda desplazamientos del objeto literario en el espacio social: colocado antaño en una posición preeminente, en determinado momento es desplazado por otros discursos a otro lugar, de menor consideración. En ocasiones se repone, en ocasiones queda relegado. No es el único caso, diversas instancias del desplazamiento afectan también a otros discursos: el discurso político, por ejemplo, que ocupaba una posición de centralidad absoluta en tanto discurso de la polis, a veces ha admitido al discurso literario poniéndose con humildad por detrás, o sea que se ha desplazado algo así como voluntariamente, y, en otras ocasiones, lo ha sometido en el espacio social desplazándolo.

En esta situación el discurso literario se somete en virtud de otro desplazamiento: es cuando, por ejemplo, resigna su propia epistemología –sobre la cual fundaba su posición– y admite no sólo la que es propia del discurso desplazante sino también sus fines. Esto ocurre cuando se hace poesía, teatro o novela explícitamente pedagógica, religiosa, política o social. Se supone, en esta instancia, que el discurso literario conserva su posición sólo porque está pegado al discurso principal que unos –quienes lo producen– y otros –quienes no lo producen aunque lo consuman–, y la sociedad entera, consideran principal.

Estos cambios de posición no sólo implican relaciones de dominación recíproca entre literatura y política; también entre literatura y antropología, entre literatura y psicoanálisis y aun entre economía y literatura por efecto del desplazamiento que se produce a su turno entre economía y política.

En toda esta historia de desplazamientos y dominaciones se configura una red compleja pero que históricamente se ha tendido a simplificar respecto de la literatura mediante diversos artificios; el principal de ellos, y de paradójico efecto, ha sido el de la apelación a la excepcionalidad, como por ejemplo invocando la Atenas de Pericles, el Siglo de Oro Español, el modernismo latinoamericano, el "boom", etcétera, consuelos piadosos, se diría, por la posición perdida. O bien, el de la glorificación, como, por ejemplo, lo que implicó la creación de la Academia por disposición de Luis XIV y que a lo largo de los siglos tuvo como resultado encerrar a la literatura en un sitio vacío, sin haber logrado, a la larga, que la literatura siguiera ocupando la posición que tenía.

Se comprende, espero, que la noción de "desplazamiento" arroje alguna luz sobre la movilidad de los discursos en general y del literario en particular; tal vez eso limite las lamentaciones por las posiciones perdidas como, por ejemplo, el mencionado hecho de que la narrativa predomine en el orden de la recepción y la poesía haya pasado a segundo plano en ese mismo orden.

Se comprende, por lo tanto, por analogía, que el discurso económico haya desplazado, en el discurso político, a lo literario, a lo teatral, a lo deportivo y a lo militar y, por eso mismo, el discurso político ponga de manifiesto una identidad vacilante, al menos en lo exterior de sus marcas y/o efectos; ése sería el fundamento de la difundida idea acerca la pérdida de la credibilidad y el generalizado sentimiento de que está agotado. Ignoran, quienes así piensan, que la politicidad está en todas partes y no sólo en las manifestaciones explícitamente políticas.

Pero, en cuanto a la literatura, y considerándola como objeto, hay quienes piensan que algunas de sus manifestaciones están lejos de lo político porque su lenguaje no es transparente, no es comunicativo, es subjetivo, es hermético y todas las acusaciones que se le pueden hacer cuando no intenta representar algo, sea religioso, político o pedagógico. Por el contrario, se puede afirmar que la politicidad actúa siempre, pero hay que descubrirla; en cambio, si no se tiene esa confianza se considera que la politicidad debe emerger clara y explícitamente. En este caso, esta posición conduce a la servidumbre y, por consecuencia, a que la efectividad propia de la literatura y su sentido mismo se vea disminuida o fuertemente menoscabada.

Creo, pasando a un terreno más concreto y particular, que en este momento histórico, quienes somos practicantes de la literatura en todos sus órdenes, no estamos demasiado contentos; si en otras épocas la existencia de la literatura nos hacía felices y nos otorgaba cierta arrogancia, en el sentido de que, por la atención que se le prestaba, sus productos y sus productores ocupaban un lugar de prestigio en la sociedad, como lo que podía registrarse hasta poco antes del comienzo de la Segunda Gran Guerra Mundial, se podría decir que actualmente esos sentimientos se han desplazado hacia la burocracia literaria – a la que el conjunto social se dirige con conmisericordia o con prebendas– aunque también existe una lucha por la sobrevivencia de la literatura, a la que se le atribuye, todavía, una posibilidad de conservar o recuperar una posición central, una vinculación más plena y profunda con la realidad, más operante a mediano o largo plazo.

Se entiende, creo, a qué me estoy refiriendo cuando menciono la conmisericordia; es el discurso vacío del reconocimiento de valores, la reducción a cero de los alcances subversivos de la palabra, la ubicación en los anaqueles de la utilidad o del servicio que le puede prestar al discurso televisivo o publicitario y aun político; y también en lo que concierne a las prebendas: las lánguidas pertenencias a las academias, los premios literarios, las universidades que preparan gente que no tendrá destino y que abandonará la literatura, los homenajes a los muertos y las alabanzas a los vivos. Nada de eso refuta el sentimiento de descontento cuya existencia difícilmente podría negar ni el más eufórico de los optimistas.

Se ha producido, pues, un "desplazamiento" considerable del discurso literario en el espacio discursivo total: por qué eso ha sucedido es la primera pregunta a proponer y, en segundo término, de qué modo se produce un movimiento de restitución.

Podríamos decir, en este sentido, que el discurso literario se ha debilitado y que no tiene en la actualidad expresiones tan fuertes como las que antaño aseguraban su posición y que ésa es una razón que explica su desplazamiento: mayor complejidad de los textos, mayores desafíos de lectura alejan lectores y, en consecuencia, recluyen la literatura a la inteligencia de unos pocos, lo cual reduce sus probables efectos; se puede decir, también, que el modo de drama que se vive en la actualidad lleva a disipar la ilusión literaria para poner la ilusión en otros discursos que podría ser que encarnaran mejor la esperanza humana; si la literatura propone una aceptación de lo diferente con el consiguiente alejamiento, en apariencia, de lo que exige respuestas inmediatas, no es extraño que sea vista como un remanente o una rareza o una pérdida de tiempo.

Es difícil para nosotros aceptar que la literatura sea cosa de otros tiempos y que el mundo en general prefiera pasarla por alto; es difícil admitir que lo que la literatura propone no tenga nada que ver con lo más humano que el ser humano posee; me refiero al

desplazamiento de la percepción y la experiencia de lo inmediato al campo de lo imaginario en una inmersión en un sistema de signos que, como sostenía Kant, nos hace salir del mundo para regresar a él en un orden superior de conocimiento, en el que confluyen todas las dimensiones, inteligencia, sensibilidad, fantasía, sentido de la perfección, en fin todo lo que entraña la escritura como acción que desplaza lo igual y lo transporta a la diferencia, que es el punto en el que el conocimiento de sí y del mundo es más pleno y más digno.

Pero la práctica literaria no siempre e invariablemente descansa sobre bases de comprensión como éstas: desde su propio ejercicio se hace sensible y permeable a los lugares comunes que se supone que se espera de ella, y en la ideología que adopta y asume, y en los instrumentos que emplea, se presenta como rendida o como entregada al desplazamiento que la lleva a un segundo plano; encuentra en ello las recompensas que la práctica literaria no condicionada no obtiene nunca: recompensas materiales tan fastuosas como nunca se ha visto en la historia de toda la literatura, acercamiento al y del poder que ni en sueños los grandes escritores de antaño pudieron obtener.

Eso no quiere decir que “toda” la literatura esté entregada: laboriosamente, en silencio a veces de secta y otras de catacumba, se sigue escribiendo tal vez no para conjurar el peligro pero seguramente para defender una continuidad que implica una confianza en la restitución por la que alegamos.

Hay, por supuesto, un declarado antagonismo entre los dos modos de ver la literatura: el de aquellos que contribuyen a su desvalorización como discurso que tuvo y debería tener un lugar en la cartografía social, y el de aquellos que no se resignan a ser considerados los inoportunos asistentes a una fiesta a la que no vale la pena asistir.

Los modos del enfrentamiento son variados pero desiguales; los del primer tipo tienen la ventaja de ser “vistos”, los del segundo el dudoso privilegio de la invisibilidad; los primeros suponen que el pacto con el presente y la circunstancia los legaliza; los otros transforman de manera incierta el dato, la información, la vivencia, en la palabra por lo que la palabra es como camino para llegar al universo de la significación, esa culminación de lo semiótico, en el cual reside todo lo que se posee y lo que no se tiene. Me refiero al sentido.

Dejo de lado, como se ve, las interpretaciones persecutorias, como que la literatura habría sido desplazada por la televisión, la informática o la ignorancia. Este aspecto es asunto de sociólogos o de los sectarios de la teoría de la recepción. No los desprecio puesto que tales enemigos son poderosos e inciden en las cambiantes formas o alcances que se propone la literatura de nuestro tiempo. Me importa más, en cambio, la idea de que la palabra es como un cofre que encierra todos los secretos del universo y que la literatura es su producto y, como tal, pese a que puede sufrir crisis de soledad o de abandono de variada duración, en la medida en que encarna una dimensión indivisible de lo humano persistirá, seguirá siendo indispensable para salir por un instante de los instantes que se pierden para instaurar la poderosa ilusión del tiempo detenido, en suma de la eternidad.

\* Conferencia dictada por Noé Jitrik en el marco del cierre del VI Congreso de la Asociación Argentina de Semiótica, el 15 de abril, en el Auditorio del Museo y Archivo Histórico del Banco de la Provincia, Sarmiento 362, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.